

# **Joaquim Amat-Piniella**

## K. L. Reich

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón

Traducción de Baltasar Porcel y del autor

Primera edición, 2014

Título original: *K. L. Reich*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Herederos de Joaquim Amat-Piniella, 2014

© del prólogo, Ignacio Martínez de Pisón, 2014

© de la traducción, herederos de Baltasar Porcel y Joaquim Amat-Piniella, 2014

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Noah Goodrich

Revisión de la traducción: Marc Jiménez

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-16213-01-6

Depósito legal: B. 18.608-2014

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull

 **institut  
ramon llull**  
Lengua y cultura catalanas

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

## Prólogo

Por Mauthausen pasaron alrededor de ocho mil españoles, de los que sobrevivieron menos de una tercera parte. La trayectoria de esos hombres responde casi siempre al mismo patrón: republicanos derrotados en 1939 que, tras ser encerrados en un campo de refugiados francés e incorporarse a una compañía de trabajadores extranjeros o directamente a la Resistencia, fueron deportados en bloque a ese campo de concentración en territorio austriaco. Las penalidades de esos españoles las conocemos por el testimonio de algunos de los escasos supervivientes, y muy particularmente por los libros *K. L. Reich* del catalán Joaquim Amat-Piniella y *Los años rojos* del aragonés Mariano Constante. El primero llegó a Mauthausen en enero de 1941, el segundo en abril del mismo año, y su cautiverio se prolongó hasta mayo de 1945, cuando el campo fue liberado por tropas norteamericanas. Si en los dos años que mediaron entre el final de la guerra civil y el ingreso en Mauthausen las peripecias de todos esos republicanos españoles habían presentado muchas similitudes, durante los cuatro años siguientes sus vidas iban a quedar definitivamente igualadas: igualadas en el horror.

Primo Levi, nombre clave de la literatura concentracionaria, escribió *Si esto es un hombre* en 1946, aunque no la publicaría

hasta diez años después. También Amat-Piniella redactó el primer borrador de *K. L. Reich* en 1946 y, tras varios forcejeos con la censura franquista, el libro acabó apareciendo en 1963 (de la mano de dos ilustres editores: Carlos Barral en castellano, Joan Sales en catalán). La prisa que tanto Levi como Amat-Piniella se dieron en poner por escrito sus respectivas experiencias en Auschwitz y Mauthausen obedece sin duda a la urgencia que ambos sentían por fijar sus recuerdos antes de que empezaran a desdibujarse: al igual que las fotos de Francesc Boix, preso también en Mauthausen, esos recuerdos debían servir a la vez de homenaje a las víctimas y denuncia de los verdugos.

Me atrevo a decir que con esa prontitud buscaban asimismo conjurar el intenso sentimiento de culpa que les atenazaba por el simple hecho de seguir vivos. Los cuatro años largos de infernales padecimientos no podían cerrarse sin que quedaran graves secuelas: no es casualidad que el llamado «síndrome del superviviente» fuera descrito por primera vez tras la segunda guerra mundial. Los tormentos que antes venían de fuera se habían instalado ahora en el corazón del superviviente, y combatirlos significaba combatirse a sí mismo: el enemigo interior. En Mauthausen los que se salvaban eran los cocineros, los barberos, los empleados de los almacenes, los oficinistas... El comunista Mariano Constante, que aprovechó su condición de ordenanza e intérprete para organizar una red de apoyo a los presos españoles, acabaría siendo acusado de colaboracionismo por su propio partido, que consideraba, como el propio Stalin, que detrás de todo comunista superviviente se escondía un traidor o un agente nazi. Se salvaron muy pocos, y los pocos que se salvaron se volvieron sospechosos para sí mismos y para los suyos. A la devastación física y psíquica se añadía la aniquilación moral, con la que tendrían que convivir el resto de sus vidas.

Emili, el protagonista de *K. L. Reich*, está inspirado en otro preso de origen aragonés, el dibujante José Cabrero Arnal, que había publicado caricaturas e historietas antes de la guerra ci-

vil y acabaría triunfando en la Francia de los años sesenta y setenta con su personaje más célebre, el perro Pif. Emili, uno de los pocos personajes positivos del libro, ve cómo sus amigos van cayendo a su alrededor mientras él salva la vida gracias a su facilidad para el dibujo, una situación de privilegio que le provoca «algo así como una sensación de indignidad». Pero la dignidad y la integridad constituyen un lujo inalcanzable en un mundo como ese, en el que desde el primer momento los presos son despojados de su condición de seres humanos y reducidos brutalmente a la pura animalidad. Como reses en un matadero, todo en ellos es aprovechable: las pertenencias que les son arrebatadas en cuanto llegan al campo; su pelo, que será utilizado para hacer fieltro; las dentaduras de oro, que les son arrancadas poco antes de descuartizar sus cadáveres para meterlos en el horno crematorio...

En Mauthausen, los presos morían por el agotamiento del trabajo en la cantera, pero también había ejecuciones, torturas, falsos suicidios, experimentos médicos mortales. Calificado como campo de trabajo de categoría III (la más baja, para presos «irrecuperables»), era de hecho un campo de exterminio, y así lo certificaba el humo que a todas las horas del día y de la noche escapaba por la chimenea del crematorio (y que no daba abasto para tantos cadáveres). En una entrevista, Jorge Semprún, que estuvo preso en el campo de Buchenwald, dijo que lo más importante y terrible, lo único que no se podía explicar por escrito, era el olor a carne quemada: «¿Qué haces con el recuerdo del olor a carne quemada?». La presencia constante de la muerte gobierna el pequeño mundo en el que se mueven Emili y los demás, que llegan a tal estado de saturación e insensibilidad que la visión de un montón de cadáveres ya no les inspira piedad sino repugnancia. Los relatos sobre la vida en los campos de exterminio proporcionan la más ajustada y precisa representación del infierno. En *K. L. Reich*, como en el infierno, el tiempo parece estancado en su propia eternidad, y la historia, más que

avanzar, se ensancha hasta casi reventar los propios límites del campo. A veces llegan noticias de la guerra en Europa, pero eso afecta poco a la vida de los internos, que solo cambian cuando pasan de estar vivos a estar muertos: esa es toda la evolución a la que tienen derecho como personajes.

*K. L. Reich* es, junto a las obras de Primo Levi y algún otro clásico más, una de las cumbres de la literatura concentracionaria. Ahora no podemos leer una novela así sin que nos venga a la cabeza toda la imaginaria del genocidio nazi que las superproducciones cinematográficas de las últimas décadas han acabado estableciendo. El hacinamiento en trenes y barracones, la lóbrega arquitectura de los campos, las colas de presos familiares, los recuentos a temperaturas bajo cero, etcétera, nos llegan a nosotros ya visualizados: los hemos visto en películas como *La lista de Schindler* o *La vida es bella*. En 1963 esas películas no existían, y sin duda el lector de la época, no expuesto a ese tipo de interferencias, tenía que quedar aún más subyugado que nosotros por la implacable plasticidad verbal de Amat-Piniella, que con su atención a los detalles y la fuerza de sus descripciones documenta el horror de los campos de exterminio con precisión de fedatario público. En un pasaje de la novela, el narrador se sorprende de que, mientras a su alrededor reinan la devastación y la miseria, el sol no deje de ponerse como todos los días... Que los ciclos de la naturaleza mantengan sus rutinas milenarias hace aún más escalofriante esa normalidad de muerte y destrucción aplicadamente construida por el hombre para la aniquilación de sus semejantes. La lectura de *K. L. Reich*, sobrecogedora indagación acerca de los límites de la naturaleza humana, sacude de la primera a la última página. Es difícil, muy difícil salir indemne de ella.

**K. L. Reich**





*A Pere Vives i Clavé, asesinado por los nazis el día 31 de octubre de 1941, en memoria de mi amistad fraterna.*

*Al general Omar N. Bradley, jefe de las fuerzas norteamericanas que me liberaron el día 5 de mayo de 1945, en testimonio de mi gratitud y admiración.*



«Wehe dem Mörder»\*

GOETHE

\* ¡Ay del asesino!



## Nota del autor

Hasta la caída del III Reich alemán no se pusieron de manifiesto las atrocidades cometidas por el nazismo, entronizado trece años antes. Fue entonces cuando las informaciones, los documentos hallados, las estadísticas, la fotografía y el cine, los procesos de Belsen, Dachau y Núremberg, y el testimonio de los que, habiéndolas vivido, fuimos rescatados con vida, se vertieron en prueba irrefutable de aquel crimen monstruoso. Y hoy, cuando ya solo los fanáticos del racismo pueden dudar de aquella dramática realidad, vemos cómo el tiempo y los nuevos problemas internacionales van arrinconándola al cajón de la Historia.

No es nuestra la culpa de que este libro no haya salido hasta ahora, y si se edita pese a la mengua de actualidad que el tema ha experimentado es por creer que antes de olvidar una cosa es necesario haberla conocido. Y lo que aquí apenas nadie sabe es que, entre los millones de personas de todas las nacionalidades que encontraron cautiverio y muerte en los campos de Hitler, también había españoles. Sin contar más campos que los que conocemos de Mauthausen y sus sucursales danubianas, un setenta por ciento de los siete mil quinientos exilados españoles que en ellos fueron internados cayeron agotados por el hambre, el trabajo inhumano y los malos tratos. Fueron de-

tenidos por los alemanes cuando la rendición de Francia, en 1940, y la mayoría de ellos tenían la condición de trabajadores militarizados en fortificaciones. Fueron primero internados en campos de prisioneros de guerra, mezclados con los franceses, y conducidos luego, como apátridas indeseables, a los campos de exterminio de las SS.

Las astronómicas cifras de judíos, rusos, polacos, franceses, checos, etcétera, que murieron en los campos nazis no rebaja la importancia de la aportación española a la carnicería hitleriana. Nuestros cinco mil quinientos muertos de Mauthausen y los centenares o miles que hayan podido caer en otros campos constituyen un sangriento balance del sacrificio peninsular por la causa de la liberación de Europa.

Con este libro nos hemos propuesto dar una idea de la vida y de la muerte de aquellos ciudadanos del mundo que, frente al nacionalsocialismo, crearon la internacional del dolor. No hacemos la historia de un campo determinado, sino una composición de escenas, situaciones y personajes que conocimos en el transcurso de cuatro años y medio en los campos por donde pasamos. Cuatro campos entre los innumerables que hubo en la Alemania de aquella época, particularmente interesantes para los lectores de nuestro país por el sello peculiar que en ellos imprimió la presencia española.

Historias estas de sufrimiento, de terror, de muerte, y también de esperanza. La vida, mísera y épica a un tiempo, de multitudes de hombres que, en la más abrumadora de las impotencias, encuentran recursos que oponer al designio enemigo de aniquilación. Pintoresca y dramática combinación que presenta el revoltijo de razas, nacionalidades e individuos, obligados a la más estrecha convivencia; vicisitudes de un duelo encarnizado que dura más de cuatro años, entre las fuerzas destructoras del Campo y el Hombre, el Hombre genérico que empieza resistiéndolas, consigue neutralizarlas y acaba vencíéndolas.

Hemos preferido la forma novelística porque nos ha parecido

la más fiel a la verdad íntima de los que vivimos aquella aventura. Después de todo cuanto se ha escrito sobre los campos, con la fría elocuencia de las cifras y de las informaciones periodísticas, creemos que reflejando la vida de unos personajes, reales o no, sumergidos en el dramático clima de su circunstancia, podremos dar una más justa y viviente impresión que limitándonos a su exposición objetiva.

Salir airosos de esta empresa tendría el doble valor de haber aportado nuestra voz en la requisitoria del mundo entero contra el nazismo y de tributar a los compañeros caídos el más ferviente de los homenajes y el más piadoso de los recuerdos. Millones de hombres fueron asesinados porque amaban la libertad; con su muerte contribuyeron a hacerla finalmente victoriosa.

JOAQUIM AMAT-PINIELLA, 1963





El frío era lacerante. No era necesario pellizcarse para tener la certeza de no dormir. Los dedos de los pies, húmedos en sucios calcetines, aprisionados desde hacía tres días por las botas claveteadas, cedían sin resistencia al helor del suelo.

Sin aquel frío agudo, sin el latir de centenares de corazones sobresaltados por el inesperado despertar, el alba habría parecido irreal. A través de la niebla, que se iba espesando a medida que avanzaba el día, no podía distinguirse más que la forma, difusa, del paisaje más cercano. La luz indirecta de la nieve hendía el amanecer. Sobre el tejado en pendiente de la estación se extendía una gruesa y blanca sábana, ligeramente ondulada, lisa y sin aristas. Los vagones, inmóviles en las vías invisibles, parecían pesados, cansados, en su abandono bajo la nieve. Al otro lado de la carretera, donde se alineaban penosamente los recién llegados, caía casi vertical el corte de un cerro mutilado.

Vestidos con los heterogéneos uniformes del ejército francés, azul celeste algunos (residuos de la primera guerra mundial), azul oscuro otros, muchos caqui, con los abrigos acampanados, las cabezas cubiertas con boinas, casquetes de dos puntas, pasamontañas y, en algunos casos, los rojos feces de los senegaleses, aquellos hombres se movían confusos y anhelantes, torpes, en el

vértice del pánico. Buscaban entre maletas amontonadas, bultos y macutos, un lugar en las filas de la vacilante formación. Al paso de las botas claveteadas iba desapareciendo de la carretera la hasta entonces impecable blancura. Solo el tintineo de los platos metálicos, de las cantimploras y fiambreras que colgaban de los equipajes rompía el silencio del amanecer. De vez en cuando, las voces de mando de los soldados restallaban secas, guturales y temibles. Voces nuevas, llenas de misteriosas amenazas para los que desconocían la lengua.

— ¿Y el maletín? —preguntó uno de los prisioneros a su compañero más próximo.

— ¿No lo llevabas tú?

Emili hizo un gesto de resignación y, bajo el tapabocas, sonrió con expresión fatalista.

— Bueno, con no lavarnos... —dijo levantando del suelo una mochila repleta.

— No nos faltará jabón, no te preocupes.

— Me temo que no nos hará falta. Esto no me gusta nada, Cisco.

— Nos guste o no, aquí estamos. Ya veremos lo que ocurre.

A la débil luz del nuevo día, Francesc contempló unos instantes la nariz enrojecida de su amigo, pero no logró encontrar sus ojos. Sonrió también. Conocía la tendencia de Emili al pesimismo. Ciertamente que el trato recibido al apearse del tren había sido duro, insólitamente duro, pero no quería sacar conclusiones prematuras. Prefería atribuirlo al malhumor de unos guardias que habían madrugado demasiado, al frío reinante o al mal talante del oficial.

— Los alemanes no somos bárbaros —le había dicho un teniente poco después de hacerle prisionero—. Sabemos ser buenos camaradas, ya lo verás.

Efectivamente, en el campo de prisioneros de guerra del que ahora venía, los españoles habían sido tratados con humanidad y hasta con deferencia. El haber hecho una guerra, la laboriosidad de que hacían gala y lo que quizá tuviera de pintoresco

su conducta, eran de seguro los motivos del trato benévolo que recibieron. ¿Por qué ahora, al bajar del tren, después de tres días de viaje, aparecían unos alemanes nuevos, desconocidos? ¿A qué obedecían los culatazos, los puntapiés, las voces, y tantas y tan exageradas precauciones? Sin tanto aparato, la gente habría saltado de los vagones con orden y hasta la formación hubiera resultado más fácil.

—Les estarán zurrando en el frente —supuso alguien, socarrón.

Emili amontonó el equipaje y se dispuso a esperar el final del recuento. Había desconfiado siempre de los nazis, a pesar de la piel de cordero con que se cubrían en los países ocupados. Olía a consigna. La presente bestialidad se lo confirmaba. «¿Por qué no me escapé?», se preguntó, rencoroso contra sí mismo. Había cometido la torpeza de desoír a un compañero que le propuso escaparse con él; ahora lo veía claro. Se encogió de hombros con forzosa resignación, sin poder impedir que un trágico presentimiento le mordiera las entrañas. Tras la niebla intuía un futuro temible.

La formación parecía no tener fin. A la escasa luz del alba, Emili contempló unos instantes la columna negruzca y compacta de los prisioneros y las manchas verdes de los centinelas, meticulosamente repartidos a lo largo de la comitiva, con el fusil amartillado.

—¡Atención! —gritó alguien en castellano—. ¡Atención!

El silencio se hizo más profundo. Hablaba un intérprete, que ya en el campo de prisioneros desempeñaba funciones de responsabilidad.

—El jefe de la fuerza encargada de nuestra custodia quiere que formemos bien y con rapidez. Cuanto más tardemos, más frío tendremos que soportar. Os aconsejo que obedezcáis; ya veis que el horno no está para bollos.

En los recuentos del campo de prisioneros casi nunca cuadraban las cifras. Un evadido más o menos no parecía tener importancia alguna. El oficial encargado firmaba el parte que

le presentaba el prisionero responsable y no se hablaba más del asunto. Aquí las cosas habían cambiado, cualquiera sabía por qué. El caso era que oficiales, suboficiales, sargentos y hasta soldados pasaban, uno detrás de otro, contando. Al llegar al final de la columna, repetían el recuento en sentido contrario, y así sucesivamente, sin que los totales coincidieran jamás. ¿Lo lograrían alguna vez?

Pero más sorprendente todavía que aquella grotesca operación era el «lenguaje» que los guardias empleaban con los que, por no estar alineados, obstaculizaban su tarea. Al encontrarse con uno, repetían en voz alta, para recordarlo, el número al que habían llegado y empezaban a repartir golpes a diestro y siniestro.

Terminado por fin el recuento, la columna no llegaba nunca a ponerse en marcha. El frío ascendía por las piernas de aquellos hombres que llevaban tres días sin dormir ni comer caliente. Eran muchos los que bailaban y pataleaban para desentumecerse. Otros se calentaban las puntas de los dedos con el aliento o, braceando enérgicamente, se golpeaban la espalda con las palmas de las manos. Uno, cerca de los dos amigos, se atrevió a encender un pitillo. Un guardia empezó a gritar desde su puesto de vigilancia.

—Apaga —le dijo Emili—. Es a ti, idiota.

Un sargento había llegado antes de que el fumador se diera cuenta y de un puñetazo le aplastó la nariz. Emili pudo ver el cuello del uniforme.

—¿Has visto? —preguntó a Francesc cuando el sargento se alejó.

—¿Qué?

—Estamos en manos de las SS.

—¡No jodas!

También el campo parecía haber naufragado en la niebla de la mañana, una niebla que se comía el verde claro de los *Blocks*.

De madera, de un solo piso, largos y estrechos, bien alineados en terraplenes escalonados, eran en aquellos momentos sombras de contornos difusos. De las chimeneas —dos en cada *Block*— brotaba el humo negro del carbón recién encendido y se diluía lentamente en la espesura de la niebla.

En el comedor del *Block* 13, August, intérprete español, ayudaba en la limpieza que un grupo de muchachos tenía a su cargo: limpiar cristales, sacar el polvo a mesas y armarios, barrer, abrillantar cubos y cazos...

—Hoy llegan españoles —anunció—. ¡Mil quinientos!

Los *Stubendienste* dejaron un momento de trabajar. Que llegasen españoles no era novedad; solo la cifra era verdaderamente extraordinaria.

—¡Mil quinientos! —exclamó uno con la escoba en la mano—. ¡Una buena hornada para el crematorio!

—Cállate —protestó el que limpiaba los cristales—, quizá viene un hermano tuyo.

—¿Qué quieres? ¿Que lllore? Cada día llega gente y todo el mundo acaba igual. Además, no tengo hermanos.

—Pues déjate de idioteces.

August les dejó discutir. Se alejó del armario que estaba lavando, aunque nadie le obligara, y se sentó, colgantes las piernas, en una mesa. Sus ojos no reflejaban la preocupación resignada, vacía, habitual en la mirada de los presos. Era el intérprete del *Block* 13 y por si no era suficiente la pequeña seguridad de su cargo, se movía con la displicente curiosidad del aventurero. Del aventurero que juega con suerte. Meridional de temperamento, rebelde por naturaleza, libre de los prejuicios de su medio familiar acomodado, había vivido desde joven con absoluta independencia. La fortuna de su padre montaba la guardia, mientras él hacía lo que le daba la gana. ¡Buenos tiempos aquellos! Decirse anarquista, dejarse la barba, calzar sandalias y, a ratos, practicar el vegetarianismo eran trucos asombrosos; huir de casa y enrolarse como pianista en una compañía de variedades parecía un

juego; salir para el frente durante la guerra civil y distinguirse en una brigada internacional por su oposición a los comunistas hasta el extremo de hacerse condenar a muerte, era una emoción única. La última novedad debía ser esta de pasar una temporada en un campo nazi de exterminio. Si siempre había salido de sus aprietos, ¿por qué no ahora? Acostumbrado a considerar los acontecimientos que le salían al paso como oportunidades para realzar la propia personalidad, los trastornos sociales, políticos o bélicos creaban su clima predilecto. Lo importante para él era contar con materia de observación.

Sentado en la mesa, August reflexionaba sobre la situación que iba a crearse en el campo si las expediciones de españoles continuaban llegando al ritmo presente. Hombres como él, más o menos conocedores del alemán, serían cada vez más necesarios y tener el cargo de intérprete era tanto como tener poder. Los alemanes, SS o presos, que dirigían el campo a uno y otro lado de las alambradas, preferían a menudo ceder sus atribuciones al intérprete antes que usarlas por medio de la traducción. Solo hacía falta introducirse lentamente, ganarse la confianza, obrar con tino, hacerse imprescindible, terminar con el simple papel de intermediario para obtener el directo y ejecutivo. Que la empresa tenía sus riesgos, August lo sabía hacía tiempo: caer en desgracia significaba la peor de las muertes. Pero el peligro era el principal acicate de la empresa que se proponía realizar. Llegar a tener un cargo directivo en un campo nazi y transformar aquel inhumano sistema penitenciario en un régimen en el que, como mínimo, fuese posible salvar la vida de los desgraciados compatriotas que cayesen en él sería un experimento único en la historia de la barbarie hitleriana, una hazaña digna del más grande de los políticos.

Y mientras medita, a August le brillan los ojos almendrados y sus largas piernas oscilan nerviosamente. Su cuello robusto se hunde entre sus hombros al tener los brazos apoyados en la mesa. La postura acentúa las arrugas de su bolsa occipital. A

través de su piel morena se perciben las contracciones de los músculos de las mejillas enjutas. Los labios, vagamente semíticos, cerrados con fuerza, estiran más aún el largo ojal de su boca. El experimento es de los que apasionan a un hombre de su clase.

Terminada la tarea, los chicos del servicio se calientan las manos en la estufa. El *Blockälteste* (preso alemán responsable del *Block*) ronca pesadamente, reclinado el busto sobre la mesa, con la cabeza descansando en el antebrazo. El comedor sólo puede parecer hospitalario por contraste con la nieve y la niebla exteriores. Del dormitorio, solitario y desabrigado, llega una corriente de frío y el hedor de la paja fermentada.

Encuadrado por el marco de la puerta que alguien ha dejado abierta, puede verse un enorme catafalco de colchonetas, construido con el mayor cuidado y recubierto de mantas a guisa de cortinajes. Despoblado desde el día antes, el *Block* espera los huéspedes que August acaba de anunciar.

—Cierra la puerta, Miguel —ordena.

Los muchachos del servicio ya han hecho hoy dos veces la limpieza general del *Block*. Todo debe estar brillante, barnizado, pulquísimo; todo lo que los presos no tocarán nunca: mesas en las que no está permitido comer, taburetes donde nadie puede sentarse, el suelo que nadie pisa, armarios que nada contienen, la estufa para uso exclusivo del *Blockälteste* y de los cuatro enchufados que lo rodean. Un *Block* no sirve para vivir, sino para enseñárselo a los visitantes a quienes hay que convencer de la modélica instalación de un campo nazi.

Para aposentar con un mínimo de condiciones de habitabilidad al personal que llega hoy, harían falta este *Block* y unos cuantos más. No hay espacio para tanta gente. Pero el orden establecido no corre peligro alguno por tales menudencias. El comedor continuará como ahora: limpio, vacío y trémulo por los ronquidos del *Blockälteste*. Los presos lo cruzarán para entrar al dormitorio, donde serán hacinados como ganado, y para

salir a la calle, en la que deberán pasar la mayor parte del día; lo cruzarán siempre en fila india, por un estrecho pasillo de sacos vacíos, con las botas en la mano, la cabeza descubierta y sin chistar. La suciedad es horrible, pero mucho más lo es esta limpieza solo aparente, otro de los crueles refinamientos del campo nazi.

De pronto, la paz del recinto, que durante las horas de trabajo parece desierto, se quiebra por un estruendo insólito. Silbidos, campanadas, gritos, estrépito de puertas y carreras por los callejones. El *Blockälteste* 13 se levanta como movido por un resorte, se cala la gorra, atraviesa el comedor como una exhalación y, todavía medio dormido, se lanza a la calle.

—Ya han llegado —dice August sin dirigirse a nadie—. Voy a ver.

No se deja contagiar por las prisas de los demás. Sale del barracón sin precipitarse y, por la nieve que tapiza la calle, tan pronto immaculada como rudamente pisoteada, procura seguir los senderos que los demás han trillado antes. El humo del crematorio se abate sobre el campo y se mezcla con la niebla. Cae el frío en forma de partículas microscópicas de hielo, un frío que disipa el entumecimiento y despeja la cabeza.

Mil quinientas víctimas más, mil quinientos hombres que están pasando ahora por las mismas impresiones que él experimentó el día de su llegada. Impresiones que por distintos y quizá opuestos caminos conducen a idéntico resultado: una mezcla de miedo, de curiosidad malsana y de aturdimiento.

El campo había sido construido en la cumbre de la más alta de las colinas de la comarca. El terreno producía la impresión de un mar agitado que se hubiera solidificado de repente. Eran ondulaciones más o menos pronunciadas, cubiertas de vez en cuando por espesas manchas de bosque que, en esta época del año, destacaban sobre el blanco uniforme de las grandes exten-



siones nevadas. Pasados los cuatro o cinco meses de invierno, aparecía año tras año, siempre igual, la verde hierba de los prados inmensos y ricos, y también las casas, alejadas unas de otras pero abundantes, con el rojo siempre vivo de sus tejados.

La niebla de aquella mañana difuminaba los contornos un poco alejados; cielo y tierra se unían sin solución de continuidad en el gris plomizo, el color del frío.

El trayecto había sido largo y fatigoso. La interminable comitiva de los mil quinientos hombres llegaba por fin a la alambrada del recinto exterior. Subiendo por el atajo empinado, resbaladizo, la subida había sido difícil para aquella gente, cargada de equipaje y de miedo. Los guardianes no habían cesado de gritar y hostigar durante el camino, la marcha había sido dura y algunos de los presos habían sido duramente castigados. No era extraño que, al penetrar en el campo, el cansancio y la angustia se reflejaran en la expresión, en el andar y en el silencio de la multitud.

—He ahí nuestro hogar —dijo Francesc con amarga ironía.

La muralla del recinto interior no estaba terminada, pero los enormes bloques de piedra labrada se imponían en el ánimo de los nuevos huéspedes; la pálida atmósfera adquiría tonalidades azules. Culminando los muros, se levantaban las torres, repartidas a tramos regulares, desde las que, cuando estuvieran terminadas, podrían los centinelas velar con mayor comodidad que ahora en las desamparadas garitas de madera. Al otro lado del muro, asomaban los diedros blancos de los tejados de los grandes barracones.

Al pie del muro en construcción se distinguían las pequeñas siluetas negras de los trabajadores, seguramente internos, reforzando su propia cárcel.

La barra del control dejó el paso abierto. Los recién llegados no tenían bastantes ojos para atender a cuanto veían. Ya no existían frío, fatiga, peso o dolor; sólo una curiosidad creciente se imponía por encima de los demás sentimientos. El misterio iba

revelándose paulatinamente a los sentidos excitados y ávidos de la multitud. Un campo de concentración — ya nadie podía dudar de que aquello lo era — les recibía vestido con las mejores galas de su temible régimen. En las propagandas antifascistas se había hablado hasta la saciedad de los campos alemanes de concentración, pero probablemente ninguno de los nuevos internados pudo imaginárselo jamás con este aspecto de gran fortaleza. ¿Qué otras sorpresas les aguardaban dentro?

La carretera seguía un centenar de metros cuesta arriba, continuando luego por el pie del gran muro, para acabar en la puerta del campo propiamente dicho. Sin dejar su formación, la comitiva avanzó como una serpiente negra por el camino nevado. Un extraño hedor de cuero quemado se agarraba a las gargantas. Emili y Francesc no hablaban desde hacía un rato. De vez en cuando levantaban la cabeza, habitualmente agachada para vencer el peso de su carga, y fijaban su atención en las novedades que les rodeaban. Fue Emili quien primero se dio cuenta de un pequeño grupo de tres o cuatro hombres — tuvo que esforzarse para reconocer que eran hombres —, que habiendo llegado a la carretera por algún camino secundario, esperaban el final de la columna para pasar.

—Mira, Cisco —dijo ahogando a duras penas su emoción.

Iban custodiados por dos SS con el fusil descolgado. Cubiertos de harapos a rayas azules, con un casquete también rayado, hundido por encima de las orejas, sus caras requemadas por el aire helado, amoratados sus labios y rojas sus narices, temblando todo su cuerpo encogido, mostraban, a través de su delgadez cadavérica, una existencia de infinitos sufrimientos. Los huesos apuntaban por debajo de la piel y los trapos que la cubrían. Parecían sacos de leña. Los pantalones, demasiado cortos, dejaban al descubierto los tobillos hinchados. El hielo pegado a las suelas de madera de sus botas les hacía tambalearse como borrachos.

—¡Dios! —exclamó Francesc.

Uno de aquellos esqueletos abrió la boca.

—¿Sois españoles? —preguntó, con acento andaluz.

La voz no parecía salir, por su potencia, de aquel espantajo. Nadie tuvo la suficiente presencia de espíritu para contestarle. El hombre repetiría la pregunta hasta cansarse. Su voz y su figura, obligado como estaba a presidir el desfile, ofrecerían a los recién llegados la imagen-compendio de la vida a la que habían sido condenados mil quinientos hombres más.

—¿Has visto? —preguntó Emili.

—¡Qué caras! —exclamó Francesc, creyendo ser víctima de una pesadilla—. ¡Y han hablado en castellano!

—Así acabaremos nosotros, como ellos.

—Serán los enfermos.

—¡Vaya consuelo!

Los comentarios se desataban paulatinamente, en un *crescendo* de voces, a medida que se recobraban de su sorpresa. Voces sordas, de gargantas oprimidas, voces de niños que tienen miedo de la noche y de la soledad. Palabras que a nada conducían, pronunciadas y escuchadas con el afán de demostrarse que aún vivían, que no iban vestidos a rayas ni tenían aquella apariencia de espectros.

—¡Esto es un matadero!

—¡Cabrones!

—¡Que terminen de una vez con nosotros!

—¡Criminales!

—¡De esta no salimos!

Otros grupos de presos, cortados por el mismo patrón, iban apareciendo con frecuencia. Todos trabajaban al ritmo lento y pesado de los presidiarios. Rebeldía pasiva, la única que les estaba permitida frente a la imposición de un trabajo agotador. Unos recogían la nieve con palas y escobas, otros transportaban materiales con parihuelas y unos terceros llevaban a cuestras enormes pedruscos, entrando y saliendo de los barracones en construcción. Todos arrastrando los pies, ateridos, castigada la mirada por días, semanas, posiblemente meses de dolor. Con-

templaban el paso de la columna, aprovechando la ocasión para descansar. A través de aquellos ojos apagados por el sufrimiento, no se hacía difícil adivinar una extraña expresión, mezcla de piedad y de alegría. «Ahora llegáis vosotros —parecían pensar—. ¡Desgraciados! ¡Ya veréis lo que es bueno!»

En cada uno de los grupos de trabajo destacaba un personaje sin herramienta, también con traje a rayas, pero en buen estado, gorra de paño azul o negro, con visera al gusto alemán, y generalmente armado con un palo o un tubo de goma. Aquellos individuos pertenecían sin duda a otra categoría de presos, por cuanto, a juzgar por las apariencias, tenían mando sobre los demás. Sus gritos guturales y roncós, que ninguno de los recién llegados comprendía, no podían tener otra finalidad que activar el trabajo. Emili pensó: «Serán los cabos de vara». No los había visto nunca en carne y hueso; solo en película.

—En todas partes la misma cara de perro —comentó en voz alta.

La subida era más pronunciada que antes y a ambos lados de la carretera se veían grandes barracones, formando cada uno el centro de un pequeño hormiguero humano. Los uniformes verdes de los SS predominaban. Probablemente serían las dependencias de la tropa. Al final de la pendiente, llegaron al muro que antes habían visto. Dos inmensas torres con vidrieras, rematadas por tejados de estilo vagamente chino, encuadraban el portalón principal del campo. Por la izquierda, el muro se terminaba súbitamente para prolongarse en alambrada electricificada. Al otro lado de la puerta, se encontraron los prisioneros con un tramo final de carretera mucho más ancho que los anteriores, parecido a un gran patio, con aceras a ambos lados, limitado a la izquierda por una larga fila de barracones uniformes, de poca altura y, a la derecha, por grandes pabellones de dos pisos. La chimenea de uno de los edificios arrojaba una negra humareda, probablemente aquel humo con olor a cuero quemado que desde hacía rato se agarraba a las gargantas de los

recién llegados. Una extraña barahúnda de campanas, silbidos y griterío les sorprendió. Por los callejones afluyentes al patio venían innumerables personajes parecidos a los «cabos de vara» identificados poco antes. Al llegar a presencia de los oficiales o sargentos de las SS que dirigían las maniobras de organización, se cuadraban, se descubrían y dejaban ver sus cabezas afeitadas, todas ellas tan cuadradas como su posición, y mecanizando sus gestos, exagerándolos como si se tratara de una parodia, recibían órdenes y, pegando un sonoro taconazo, pronunciaban invariablemente una palabra de dos sílabas. Daban luego media vuelta y salían a escape, corrían incansablemente de un lado a otro, dando voces secas como descargas de fusil, y terminaban regresando, cuadrándose de nuevo y repitiendo sin cesar aquel singular espectáculo de marionetas.

—¡Vaya manicomio! —exclamó Francesc.

—Así están ellos.

Y volvieron los recuentos, repetidos cincuenta veces, y los interrogatorios arbitrarios a los que ninguno de los recién llegados podía contestar por desconocimiento del idioma y que solían acabar a bofetada limpia. Como perros yendo y viniendo sin parar, ladraban más fuerte que nunca cuando se acercaba alguno de los SS que les daba las órdenes. En un momento dado, de aquel concierto de locos se destacó la voz del solista, un preso alemán que hablaba castellano con entonación afeminada. Era el intérprete oficial del campo.

—Acabáis de entrar en un campo alemán de exterminio —empezó—. Habéis venido a trabajar y a obedecer y, como es natural, se terminaron las protestas a las que estáis acostumbrados. No hace falta que preguntéis nada; aquí está todo prohibido y los castigos son duros para los que se creen listos. No olvidéis que el más pequeño resbalón se paga muchas veces con la vida. Vais a conocer aquí lo que es disciplina y pronto olvidaréis lo que es reír.

—¡Maricón! —dijo Emili apretando los puños.